

SACRILEGIO.

El sacrilegio es el más enorme de los crímenes.

¿CUALQUIERA que coma este pan ó beba el cáliz del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor. El que come y bebe indignamente, come y bebe su condenacion, no discerniendo al cuerpo del Señor, dice el gran Apóstol (1).

El profanador sacrilego crucifica de nuevo dentro de sí mismo al Hijo de Dios, y renueva sus oprobios, añade S. Pablo: *Rursum crucifigentes sibi impios Filium Dei, et ostentui habentes.* (Hebr. VI. 6).

¿Quién será bastante impío, dice S. Agustín, para tener la audacia de acercarse al sagrado altar con las manos manchadas? *Quis adeo impius erit, qui lutosi manibus sacratissimum sacramentum tractare presumat?* (Serm. CCXLIV. de Temp.)

El que comulga indignamente, comete un crimen mayor que si arrojase el Santísimo Sacramento en una cloaca, dice S. Vicente Ferrer: *Mojus peccatum est, quam si projiceret corpus Christi in cloacam.* (Conc. de Corpore Christi).

Los profanadores del cuerpo y de la sangre de Jesucristo son peores que Judas, dice S. Bernardo. Judas entregó el Salvador á los judíos. Ellos lo entregan al demonio, colocando su adorable cuerpo en un lugar sometido á su poder, es decir, en su cuerpo y en su corazón (2).

El ceno, dice Teodlacto, es menos indigno del cuerpo de Jesucristo, que el cuerpo y el corazón impuros del profanador: *Lutum non adeo indignum est corpore divino, quam indigna est carnis tue impuritas.* (In Hebr. XX. 16).

Los que profanan el cuerpo de Jesucristo que reina en el Cielo, dice san Agustín, pecan más gravemente que los que le crucificaron mientras estaba en la tierra. *Gravius peccant indigne offerentes Christum regnantem in Caelis, quam qui eum crucifixerunt ambulantes in terris.* (In Psal. LXVII. 22).

Los judíos no pasieron más que una vez la mano sobre Jesucristo, dice Tertuliano; y el profanador lo coge y le ata cada vez que comulga indignamente. (De Joel. c. VII).

Cuando queráis pecar, dice S. Bernardo, buscad otra lengua distinta de la que está enrojecida con la sangre de Jesucristo: *Quando peccare voveris, quere aliam linguam quam eam que rubescit sanguine Christi.* (Serm. in die Passionis).

(1) *Quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigno, reus erit corporis et sanguinis Domini. Qui manducat et bibit indigno, judicium sibi manducat et bibit, non dicitur corpus Domini.* (1 Cor. XI. 27-29).

(2) *Juda traditore deterioris effecti, eo quod, sicut ille tradidit Jesum judeis, ita isti tradunt diabolo, eo quod illum ponunt in loco sub potestate diaboli constituto.* (Serm. LV. c. III).

No quiera Dios, dice S. Pedro Damian, que el que adora el ídolo de la carne se atrave a recibir al Hijo de la Virgen en el templo de Venus. *Absit ut aliquis huic idolo substernatur, et filium Virginis in Veneris templo suscipiat.* (In Epist.)

Judas, dice el Evangelio, se fué á encontrar á los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: ¿Qué queréis darme, y yo os lo entregaré? *Tunc abiit Judas ad principes sacerdotum; et ait illis: Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam.* (Math. XXVI. 14-15). Le prometieron treinta monedas de plata, y desde aquel momento buscó la ocasion de entregárselo. (Id. XXVI. 15-16).

El mismo pacto hace con Satanás el profanador sacrilego, diciéndole: Dame un placer impuro, estas riquezas, ó esta venganza; y te entregaré á mi Dios.

La traicion de Judas se convirtió en bien para la salvacion del mundo; pero la comunión indigna no sirve más que para recoger á el infierno.

Dios es nuestro padre, el mejor de los padres... Y, ¿qué hace el sacrilego? Se subleva contra Dios, le azota, le crucifica y le aniquila en cuanto está de su parte...

Judas, con un beso hipócrita, vende á su maestro. Así obra el que comulga indignamente... Con los ojos bajos y de rodillas, pareciendo que está recogido y que honra á Dios, es el que vende á Jesucristo con un beso... ¿Qué odiosa hipócrita!

Hay uno de vosotros que es un demonio, dijo Jesucristo á sus discípulos hablando de Judas: *Ex vobis unus diabolus est.* (Joann. VI. 71).

No quiero, dice el apóstol á los corintios, que tengáis ninguna sociedad con los demonios. No podeis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios; no podeis tomar parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios (1).

El demonio entra enteramente en el traidor sacrilego, dice San Isidoro: *Totus demon se insinuat in proditore.* (Epist.)

El que comulga, teniendo el pecado mortal en el corazón, es peor que un demonio, dice S. Grisóstomo: *Millo demonio peior est, qui peccati conscus accedit ad altare.* (Homil. ad pop.)

Sois puros, dijo Jesucristo, pero no todos: *Vos mundi estis, sed non omnes.* (Joann. XIII. 10). El que come conmigo el pan, levantará el pie contra mí: *Qui manducat mecum panem, levabit contra me calcaneum suum.* (Joann. XIII. 18).

En verdad os lo digo, uno de vosotros me hará traicion: *Amen dico vobis, quis unus ex vobis tradat me.* (Joann. XIII. 21). ¿Soy yo, Señor? direis también con Judas: Tú lo has dicho. (Math. XXVI. 25).

(1) *Nolo vos socios fieri demoniorum. Non potestis calicem Domini bibere et calicem demoniorum; non potestis mensam Domini participes esse, et mensam demoniorum.* (1. X. 20-21).

El profanador sacrilego imita á Judas.

El profanador se subleva contra Dios, le azota, le crucifica y le aniquila en cuanto está de su parte...

El sacrilego es hipócrita.

El sacrilego convierte al hombre en demonio.

El sacrilego es el más enorme de todos los crímenes, y hay algunos que lo cometen.

¿Os hacen vuestras comuniones perder los malos hábitos? dice S. Buenaventura. Si no es así, sois unos Judas. (*In speculo*).

Castigo del profanador de los sacramentos.

Desgraciado, exclama Jesucristo, desgraciado de aquel que venderá al Hijo de del hombre! Mejor fuera para él mismo que tal hombre no hubiese nacido: *Ve homini illi, per quem Filius hominis tradetur. Bonum erat ei si natus non fuisset homo ille.* (Math. XXVI. 24).

Después de haber comulgado Judas, se apoderó de él Satanás: *Post bucellam introivit in eum Satanas.* (Joann. XIII. 27).

El que come y bebe indignamente, come y bebe su condenación, dice san Pablo: *Quis manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat et bibit.* (I. Cor. II. 29).

Por causa de los sacrilegios, dice S. Pablo á los corintios, hay entre vosotros muchos achacosos y enfermos, y muchos son los que mueren: *Ideo inter vos multi infirmi et imbecilles, et dormiunt multi.* (I. XI. 30).

¿Cuán terrible pensais que ha de ser el suplicio del que ha pisoteado al Hijo de Dios, ha tenido por manchada la sangre de la alianza, y ha ultrajado el espíritu de la gracia? dice S. Pablo á los hebreos: *Quando magis putatis deteriora mereri supplicia, qui Filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pallutum duxerit, in quo sanctificatus est, et spiritui gratie contumeliam fecerit?* (X. 29).

Caiga sobre ellos la muerte, y bajen vivos á los infiernos, dice el Salmista: *Veniat mors super illos, et descendant in infernum viventes.* (LIV. 16). Sea para ellos esta mesa un escollo y un lazo: oscurezcanse sus ojos, para que no vean: *Fiat mensa eorum coram ipsis in laqueum; obsecurentur oculi eorum, ne videant.* (Psal. LXVIII. 23-24).

Señor, añade el Salmista, derramad sobre ellos vuestro furor; caiga sobre ellos el fuego de vuestra ira; véanse privados para siempre de vuestra clemencia, y sean borrados del libro de la vida: *Effunde super eos iram tuam; et furor ire tue comprehendat eos; non intrent in justitiam tuam. Deleantur de libro viventium.* (LXVIII. 25. 28-29).

Tenian todavía el alimento en la boca, cuando la ira de Dios estalló sobre ellos y les hirió de muerte. (Psal. LXXVII. 34-35).

El imprudente Oza pone la mano sobre el arca del Señor; y el Señor, irritado contra él, le hiere de muerte al instante: *Extendit Oza manum ad arcam Dei; iratusque est Dominus contra Ozam, et percussit eum, qui mortuus est ibi.* (II. Judic. VI. 6-7). El arca no era más que la figura de la santa eucaristía.

Judas, el primer traidor, pierde su alma, dice S. Crisóstomo, y está en el infierno, sufriendo un suplicio eterno: *Proditur animam suam perdidit; proditor in inferno nunc est, inevitabile ferens supplicium.* (Homil. I in Prodit. Judae, et in Pascha).

Desgraciado mil veces el que se acerca á la Sagrada Comunión con un corazón impuro, exclama S. Bernardo! *Multum ve illi qui immundus accesserit!* (Lib. de Ord. vite).

Nuestro Señor dijo á Sta. Brígida, hablando de los que comulgan indignamente: Entro en ellos como esposo, y salgo como juez: *Ingredior ut sponsus, egredior ut iudex.* (Lib. Revel.)

¡Desgraciadas las manos sacrilegas! exclama Tomás de Villanueva! ¡desgraciados los corazones impuros que reciben indignamente á Dios! No hay castigo bastante grande para semejante ultraje hecho á Jesucristo: *Ve sacrilegis manibus! ve pectoribus immundis! Omne supplicium minus est delicto quo Christus contemnitur in hoc sacrificio!* (Conc. III de Sanct. Alt.)

En tiempo de S. Crisóstomo, el demonio se apoderaba de muchos inmediatamente después de la comunión, y quedaban visiblemente poseídos. (*Hist. Eccles.*)

San Gregorio hace mención de un castigo ejemplar de ochenta profanadores, que fueron acometidos repentinamente de una peste horrible, y tuvieron una muerte espantosa.

Los profanadores sacrilegos, dice Sta. Brígida en sus revelaciones, serán sumergidos en los infiernos á una profundidad mayor que los mismos demonios: *Pro omnibus diabolis profundius submergentur in infernum.*

¡Temblad, profanadores del cuerpo y de la sangre de Jesucristo! ¡Temblad, vosotros que comeis y bebéis vuestro juicio y vuestra condenación! ¡Es cosa espantosa caer en manos del Dios vivo! *Horrendum est incidere in manus Dei viventis!* (Hebr. X. 31). Temblad pues: nadie se burla impunemente de Dios. *Deus non irridetur.* (Gal. VI. 7).

Pruébese el hombre á sí mismo, dice el gran Apóstol, y coma así de este pan y beba de este cáliz: *Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat, et de calice bibat.* (I. Cor. XI. 28).

Es menester que el hombre se pruebe.

Tened enidado, dice S. Pedro Damian, de no acercaros á este divino Sacramento con demasiada tibieza; pues hareis una mala comunión, si no os acercáis con profundo respeto y mucha atención: *Cave ne nimis tepidus accedas; quia indigne sumis, si non accedis reverenter et considerate.* (Opusc. XXVI, c. III).

Así pues, se necesita, 1.º, hacer una buena confesion...; 2.º, arrepentirse sinceramente...; 3.º, corregirse...; 4.º, instruirse...; 5.º, ponerse en estado de gracia...; 6.º, tener sentimientos de fe, de amor, de esperanza, de humildad, de deseo, etc...

SALVACION.

Necesidad de trabajar para la salvacion.

BUSCAD primeramente el reino de Dios y su justicia, dice Jesucristo: *Querite primum regnum Dei et justitiam ejus.* (Math. VI. 33). ¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿Y qué dará el hombre á cambio de su alma? añade Jesucristo: *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, anime vero sue detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua?* (Math. XVI. 26).

Marta, dice el Evangelio, se ocupaba con abinco de toda suerte de cuidados, y parándose delante de Jesús, le dijo: No veis, Señor, que mi hermana deja que yo lo haga todo sola? Decidle, pues, que me ayude. El Señor le respondió: Marta, Marta, os inquietais y turbais por muchas cosas, siendo así que sólo una es necesaria (la salvacion): *Martha, Martha, sollicita es, et turbaris erga plurima. Porro unum est necessarium.* (Luc. X. 40-42). Sólo una cosa es necesaria, la salvacion...; sólo una cosa, el ir al Cielo...

He pedido una gracia al Señor, dice el rey profeta, y se la volveré á pedir, y es habitar en la casa del Señor todos los dias de mi vida: *Unam petii á Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee.* (XXVI. 4).

Salvad vuestra alma, dijeron los ángeles á Lot; no volvais la vista á vuestra espalda, ni os detengais en toda esta comarca; huid á la montaña, para que no perezcis con los otros. Pronto, salvaos: *Salva animam tuam: noli respicere post tergum, nec stes in omni circa regione; sed in monte salvum te fac, ne et tu simul peres. Festino, et salvere ibi.* (Gen. XIX. 17-22).

Perdedlo todo; pero guardad vuestra alma, dice el Poeta:

Omnia si perdas, animam servare memento.

Excelencia de la salvacion.

San Agustín asegura que la conversion de las naciones por los apóstoles es una cosa más grande y excelente que la creacion del mundo; porque el universo pasará, pero la salvacion no pasará. (*Lib. de Civit.*)

Aún más, la salvacion de un alma, del alma del último y del más pobre de los hombres, vale más que la creacion del Cielo y de la tierra...

San Crisóstomo enseña que trabajar para la salvacion del prójimo es cosa preferible á la gloria del martirio. (*Homil. de habenda cura salutis proximi*).

San Francisco de Asís decía del alma: Puesto que es del Cielo, que vaya allí; puesto que está hecha para el Cielo, hágase digna de aquel lugar. (*S. Bonav., in ejus vita.*)

Excelencia de la salvacion, 1.º, si se considera el origen del alma.

Dios crea el Cielo y la tierra con una palabra: *In principio creavit Deus Caelum et terram.* (Gen. I. 1). Este orden admirable, que reúne en toda la na-

turalidad, esta maravillosa fecundidad de la tierra, del mar, de los árboles, de los animales y de los hombres, que se remonta á la creacion, y que ha de durar hasta el fin de los siglos, no costó más que una sola palabra á Dios: *Dixit et facta sunt.* (Psal. XXXII).

Este vasto universo necesitaba un rey. Pero, como este rey es la obra maestra del Omnipotente, la santísima Trinidad entra como en consejo y delibera... ¿Qué van á decir el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo? Oídlo: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza: *Faciemus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* La Santísima Trinidad pone en este rey un espíritu de vida, que lo convierte en imagen de Dios: *Inspiravit in faciem ejus spiraculum vite.* (Gen. II. 7).

Y no es el cuerpo el que está hecho á imagen de Dios, pues Dios es todo espíritu... Es el alma... Así pues, hemos de salvar esta alma.

2.º Comprendemos la excelencia del alma y la necesidad de salvarla, viendo sus maravillosas cualidades: su memoria, su inteligencia..., su voluntad...; trinidad en nosotros y unidad...

La excelencia del alma se manifiesta en su espiritualidad, su agilidad, su inmensidad... Todo en el universo le está sometido... ¿Qué viene á ser el cuerpo sin ella...?

3.º Comprendemos la grandeza de nuestra alma, su excelencia y la necesidad de salvarla, si consideramos cuál es su vestido. El vestido del cuerpo es pobre y humillante: está formado de los productos de la tierra y de los despojos de los animales, indicando la caída del hombre en Adán... El hombre, por una justa venganza del Cielo, se ve obligado á vestirse con los despojos del bruto... Pero el alma necesita un Dios por vestido. Cualesquiera que seais, dice el gran apóstol, habiendo sido bautizados en el Cristo, habeis sido revestidos del Cielo: *Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis.* (Gal. III. 27). Revestidos del Señor Jesucristo, dice en otra parte: *Induimini Dominum Jesum Christum.* (Rom. XIII. 14).

Tal es el precioso vestido del alma...

4.º Ved tambien la grandeza y la excelencia del alma, y por consiguiente la necesidad de salvarla, en la nobleza de su origen y de sus alianzas.

Nuestra alma tiene á Dios Padre por Padre, á Dios Hijo por hermano, á Dios Espíritu Santo por esposo... Nuestra alma tiene á María por madre: *Ecce mater tua.* (Joann. XIX. 27).

5.º ¿Cuánto vale nuestra alma? Esta alma, caída en Adán, necesita que un Dios la levante. De ahí la encarnacion del Verbo. ¿Cuánto vale nuestra alma? Posebre de Belen, jardin de los olivos, hofetadas, insultos groseros, azotes, corona de espinas, cruz, Calvario, sangre y muerte de un Dios, decillo...

6.º Se comprende tambien la excelencia del alma, si se considera el alimento que necesita... El alma necesita el alimento de la oracion... de la virtud... necesita la sagrada comunión... El alma necesita por alimento el cuerpo, la sangre, el alma y la Divinidad de Jesucristo. Y este divino alimento le es tan necesario para vivir y salvarse, que Jesucristo dijo solemnemente: En verdad os lo digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendreis en vosotros la vida; *Amen, amen dico vobis: Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.* (Joann. VI. 54).

7.º El destino del alma y su morada pura prueban evidentemente su excelencia.

8.º Finalmente el valor del alma se estima por su duracion. ¿A qué época se remonta su origen? Su origen se pierde en Dios... ¿Cuánto vivirá? Tanto como Dios... Es, pues, una necesidad indispensable salvar el alma.

(Véase Grandeza del hombre.)

Dios quiere nuestra salvacion.

Vuestra santificacion, tal es la voluntad de Dios, dice S. Pablo: *Hec est voluntas Dei, sanctificatio vestra.* (I. Thess. IV. 3). Dios quiere, añade el apóstol, que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad: *Vult omnes homines salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire.* (Tim. II. 4). Jesucristo se ha entregado por la redencion de todos: *Dedit redemptionem semetipsum pro omnibus.* (I. Tim. II. 6).

Cristo, continúa el mismo apóstol, ha muerto, para todos: *Pro omnibus mortuus est Christus.* (II. Cor. v. 15).

Jesús sufrió la cruz con toda la alegría que se habia propuesto, añade el gran apóstol: *Qui, proposito sibi gaudio, sustinuit crucem.* (Hebr. XII. 2). Jesucristo, dice Teodoro, llama suya la salvacion de las almas: *Christus gaudium suum vocat salutem animarum.* (In Epist. ad Hebr.)

Es, pues, muy cierto que Dios quiere la salvacion de todos...

Por Jesucristo nos salvamos.

Soy la puerta, dice Jesucristo. El que entra por mí, se salvará: Entrará, y saldrá, y hallará pastos: *Ego sum ostium. Per me si quis introierit, salvabitur et ingredietur, et egredietur, et pascua inveniet.* (Joann. X. 9).

He venido para que mis ovejas tengan la vida, y una vida más abundante, añade Jesucristo: *Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant.* (Joann. X. 10). Ved cuál es para ellos la vida eterna (la salvacion): Es que os conocen (ó Padre mio), á vos sólo verdadero Dios, y al que habeis enviado, á Jesucristo: *Hec est vita eterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti, Jesum Christum.* (Joann. XVII. 3).

No hay salvacion en ningun otro, dice el apóstol S. Pedro, y debajo del Cielo no se ha dado á los hombres ningun otro nombre por medio del cual debamos salvarnos: *Non est in alio aliquo salus. Nec enim aliud nomen est sub Caelo datum hominibus, in quo oportet nos salvos fieri.* (Act. IV. 12).

La salvacion es descendida por muchismos.

Sois llamados al reino del Hijo de Dios, dice S. Crisóstomo, y titubeáis; imitais la vida del topo y la pereza de la tortuga. Imitais al topo, arrastrándoos siempre por la tierra, y no vais más de prisa que la tortuga por el camino de vuestra salvacion. (*Homil. ad pop.*) El mismo Jesucristo lo dice: Los hijos del siglo son más prudentes que los hijos de la luz: *Filii hujus seculi prudentiores filii lucis in generatione sua sunt.* (Luc. XVI. 8). Si hiciésemos para el Cielo, para Dios y para nuestra alma lo que se hace para la tierra, para la criatura y para el cuerpo, ¡qué corona tan bella y tan rica conseguiríamos!...

¿Cómo huiremos del castigo, si descendimos la salvacion que es tan preciosa? dice S. Pablo á los hebreos: *Quomodo nos effugiemus, si tantam neglexerimus salutem?* (II. 3).

La salvacion está lejos de los pecadores, porque no han buscado vuestros

mandamientos, Señor, dice el Salmista: *Longe a peccatoribus salus, quia justificationes tuas non exquisierunt.* (CXVIII. 155).

¿Cuántos hay que pueden decir con Jonatás, hijo de Saul: He probado un poco de miel, y ved que me muero? *Gustans gustavi paululum mellis, et ecce morior.* (I. Reg. XIV. 43).

¿Cuántos imitan al traidor Judas, que decia: ¿Qué quereis darme y os lo entregaré? *Quid vultis mihi dare, et ego vobis cum tradam?* (Matth. XXVI. 15). Así venden los pecadores su alma, y venden el Cielo.

¿Quereis que dé libertad al rey de los judíos dijo Pilatos. Entónces todos gritaron de nuevo: No á él, no, que sea á Barrabás! *Non hunc sed Barrabam.* (Joann. XVIII. 40). Tal es tambien la conducta de los pecadores... Prefieren las pasiones á la salvacion de su alma...

Lo que preferimos á la salvacion.

1.º El reino de los Cielos sufre violencia, y los que emplean violencia se apoderan de él, dice Jesucristo: *Regnum Caelorum vim patitur et violenti rapiunt illud.* (Matth. XI. 12). Esforzaos, dice en otra parte Jesucristo, para entrar por la puerta estrecha: *Contendite intrare per angustam portam.* (Luc. XIII. 24). Si alguno, añade, quiere venir conmigo, que renuncie á sí mismo, lleve su cruz cada dia, y me siga: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me.* (Luc. IX. 23).

Lo que hemos de hacer para salvarnos.

2.º El que quiera salvar su alma, ha de perderla, dice Jesucristo: *Qui voluerit animam suam salvam facere, perdet eam.* (Matth. XVI. 25); es decir, debe dedicarla á la práctica de la mortificacion y de todas las virtudes...

3.º Es preciso avanzar siempre. Corred de tal suerte, que ganeis el premio, dice S. Pablo: *Sic currite, ut comprehendatis.* (I. Cor. XI. 24). Los que combaten en la arena se abstienen de todo: ellos, para recibir una corona incorruptible; nosotros una corona incorruptible. Así pues, yo corro tambien, no como á la casualidad; combato tambien, pero no como golpeando el aire, sino que castigo mi cuerpo, y lo reduzco á servidumbre (1).

4.º No mirar atrás: Cualquiera que pone la mano al arado, y mira atrás, dice Jesucristo, no es propio para el reino de Dios: *Nemo mittens manum ad aratrum, et respiciens retro, aptus est regno Dei.* (Luc. IX. 62).

5.º Es menester trabajar para nuestra salvacion con temor y estremecimiento, dice el gran apóstol: *Cam metu et tremore vestram salutem operamini.* (Philipp. II. 12).

6.º Olvidar la tierra y pensar en el Cielo. Prosigo mi curso, dice S. Pablo, para alcanzar aquello á que he sido destinado por el Señor Jesús. No pienso haberlo alcanzado; pero solamente, olvidando lo que está detrás y ateniéndome á lo que está delante de mí, me dirijo al término de la recompensa á que me ha llamado Dios en Jesucristo (2).

(1) Omnis qui in agone contendit, ab omnibus se abstinet, et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant, nos autem incorruptam. Ego igitur sic curro, non quasi in incertum; sic pugno, non quasi aerem verberans; sed castigo corpus meum, et in servitutem redigo. (I. Cor. IX. 25-27).

(2) Sequor si quomodo comprehendam in quo et comprehensus sum a Christo Jesu. Ego me non arbitror comprehendisse; unum autem, qui quidem retro sunt, oblitivens, ad ea vero que sunt priora, extendens meipsum, ad destinatum persequor, ad bravium superne vocacionis Dei in Christo Jesu. (Philipp. III. 12-14).

7.º Es menester aprovecharnos del tiempo favorable, que es el presente. Ved que ahora es el tiempo aceptable, dice S. Pablo; ved que ahora es el día de la salvacion: *Eccc nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.* (II. Cor. VI. 2).

8.º Es preciso vivir para Jesucristo, dice el gran Apóstol, que ha muerto para todos, á fin de que los que viven no vivan para sí, sino para aquel que ha muerto y resucitado por ellos: *Pro omnibus mortuus est Christus; ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est, et resurrexit.* (II. Cor. v. 15).

9.º Es menester combatir por la fe. Trabad el buen combate de la fe, escribe S. Pablo á Timoteo, y poneos en posesion de la vida eterna, á la que habeis sido llamados: *Certa bonum certamen fidei; apprehende vitam eternam, in qua vocatus es.* (I. VI. 12).

10. Es preciso sufrir las pruebas con paciencia. Por muchas tribulaciones, dice S. Pablo, hemos de entrar al reino de Dios: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei.* (Act. XIV. 21).

11. Hemos de emplear los medios dados á S. Arsenio por un ángel: ved los aquí: Arsenio, huid, guardad el silencio y el retiro; estos son los principios de la salvacion. (*In Vit. Patr.*)

12. Es preciso ser prudente. El alma imprudente pierde su salvacion, dicen los Proverbios: *Ubi non est scientia animæ, non est bonum.* (XIX. 2). La prudencia es lo que la Sabiduría llama ciencia de los Santos: *Scientiam Sanctorum.* (IX. 10); y el ángel, en S. Lucas, sabiduría de los justos: *Prudentiam justorum.* (I. 47).

13. Es preciso tener compasion del alma y vigilarla. Ten piedad de tu alma, haciéndola agradable á Dios, dice el Eclesiástico, y moderate: *Miserere anime tue placens Deo, et contine.* (XXX. 24).

14. Hemos de pensar en el juicio. Dios, dice Orígenes, ha confiado y recomendado á vuestra alma su imagen y su semejanza, y habeis de devolverle tan intacto como os lo ha dado este tan precioso depósito (1).

15. Rogado S. Carlos Borromeo que indicase los mejores medios para agradar á Dios y asegurar su salvacion, trazó las reglas siguientes: 1.º Es preciso comenzar cada día, es decir, que nos hemos de esforzar cada día en servir á Dios con tanto fervor como si empezásemos de nuevo entonces; 2.º marchar en el momento actual en presencia de Dios; 3.º tener sólo á Dios por fin en todas y en cada una de las acciones. (*In ejus vita.*)

16. Hemos de guardar el alma con sollicitud, segun dice el Deuteronomio: *Cusodite sollicitè animas vestras.* (XIV. 15).

27. Es menester observar la ley de Dios. Si quereis llegar á la vida guardad los mandamientos, dice Jesucristo: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata.* (Matth. XIX. 17). El que observa los preceptos de Dios, salva su alma, dicen los Proverbios: *Qui custodit mandatum, custodit animam suam.* (XIX. 16).

(1) Deus anime tue suam imaginem et similitudinem commendavit: istud ergo depositum tam insigni tibi resitendum est tam integre, quam a te constat esse susceptum. (*In Cant.*)

Todos los que dicen: Señor, Señor; no entrarán en el reino de los Cielos, dice Jesucristo, sino el que haga la voluntad de mi Padre es el que entrará en el reino de los Cielos: *Non omnis qui dicit mihi: Domine, Domine; intrabit in regnum Cælorum; sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in Cælis est, ipse intrabit in regnum Cælorum.* (Matth. VII. 21).

18. Es preciso querer salvarse, y quererlo enérgicamente.

Preguntado Sto. Tomás de Aquino por su hermana sobre lo que tenia que hacer para salvarse, contestó: *Volendo, queriendo; es decir, que podrás salvarte si lo quieres eficazmente; pues esta voluntad eficaz, que es el fin de la salvacion, te obligará á adoptar con ardor todos los medios necesarios para que la consigas: Volendo, si scilicet salvari velis efficaciter; hæc enim voluntas efficitur, finis puta salutis, impellet te, ut media omnia ad eam necessaria, ultra capessas.* Y habiéndole luego su hermana preguntado qué es lo que deseaba más ardentemente en esta vida, contestó: Morir bien: (*Bene mori.* 4. p. q. art. 9).

Abrahan, Isaac, Jacob, decidnos, ¿cómo lo habeis para llegar al Cielo? Llenos de fe, hemos mirado la tierra como extraña; hemos habitado bajo tiendas, confesando que éramos extranjeros y viandantes en la tierra. (*Hebr. XI. 13*). Apóstoles, mártires, decidnos: ¿Qué habeis hecho para salvaros? Hemos sido apedreados, serrados, experimentados, y hemos muerto al hilo de la espada; íbamos de una á otra parte, cubiertos de pieles, en medio de la necesidad, de la angustia y de la afliccion. (*Hebr. XI. 37*). Santos anacoretas, santos religiosos, ¿qué habeis hecho para salvar vuestra alma? Hemos abandonado el mundo, sus riquezas, sus placeres y honores, hemos sido errantes por los desiertos, por las montañas, en las cuevas y cavernas de la tierra. (*Hebr. XI. 38*). Hemos velado, orado y ayunado... En cuanto á mí, dice S. Pablo, Jesucristo era mi vida, y Jesucristo era para mí una ganancia. (*Philipp. I. 21*).

Deseaba mi disolucion para estar con Jesucristo: *Cupio dissolvi et esse cum Christo.* (Philipp. I. 23). No vivia más que para el Cielo: *Nostra conversatio in Cælis est.* (Philipp. III. 20). Creia que los sufrimientos de este tiempo no eran dignos de la gloria futura que me estaba reservada: *Non sunt condigne passionnes hujus temporis ad futuram gloriam que revelabitur in nobis.* (Rom. VIII. 18).

No me cansaba; pero, aunque en mí sucumbiese el hombre exterior, el hombre interior se renovaba de día en día: *Licet is, qui foris est, noster homo corrumpatur; tamen is, qui intus est, renovatur de die in diem.* (II. Cor. IV. 16). No contemplaba lo que se ve en la tierra, sino lo que no se ve: *Non contemplantibus nobis que videntur, sed que non videntur.* (II. Cor. IV. 18). Castigaba mi cuerpo, y lo reducía á servidumbre: *Castigo corpus meum, et in servitum redigo.* (I. Cor. IX. 27). Me veía ajado, pero no quebrantado; retardado, pero no detenido; perseguido, pero no abandonado; abatido, pero no fuera de combate. (II. Cor. IV. 8-9).

Decidnos, S. Sebastian, S. Francisco de Asís, S. Vicente, S. Lorenzo, Sta. Ioaés, ¿qué habeis hecho para vuestra salvacion? Habeis demostrado que los dardos del Cielo son más poderosos para penetrar en el corazon que la flecha de los verdugos; que los sufrimientos son pasajeros y la gloria es infinita;

¿Qué hacen los santos para su salvacion?

y que habeis sido más fuertes que todas las amenazas de los tiranos... Con la fuerza de lo Alto os habeis hecho superiores á todo.

Leamos á menudo la vida de los Santos, y veremos lo que han hecho por su salvacion...

Cuando, despues del trabajo de esta vida, aparezcáis en la eternidad, ó alma mia, los ángeles dirán á Jesucristo: ¿Quién es la que está vestida de blanco? De dónde ha venido? Y Jesucristo les dirá: Esta alma ha venido de la gran tribulacion, y ha lavado su vestido, y lo ha blanqueado en la sangre del Corde-ro. Por esto voy á colocarla ante el trono de Dios, y ella le servirá dia y noche en su templo. No tendrá ya hambre ni sed; estará en los manantiales de agua viva, y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos. (*Apoe. VII. 13-17*).

Escucha, ó alma mia, lo que dice el celestial esposo: ¡Levántate, apresúrate, muy amada mia, paloma mia; ven, ó hermosa mia! *Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.* (Cant. II. 10).

Entonces, segun las palabras de Isaías, el Señor cambiará, ó alma mia, la ceniza de tu cabeza en una corona, tus llantos en alegría, y tus vestidos lúgubres en vestidos de gloria: *Coronam pro cinere, oleum gaudii pro luctu, pallium laudis pro spiritu mœroris.* (LXI. 3).

Entonces, ó alma mia, llena de seguridad, volará á los divinos y eternos abrazos del celestial esposo, diciendo con transporte: Ha encontrado al que ama mi corazon, y le poseo sin temor de perderlo jamás: *Inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam.* (Cant. III. 4). Mi muy amado es mio, y yo soy suya: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* (Cant. II. 16).

SANTIDAD.

La santidad es el desprecio del mundo, la afición y la union á Dios y á Jesucristo... Ser fieles á las promesas contraidas en el bautismo, es ser santo... ¿Qué es santidad? ¿en qué consiste.

¿Qué es santidad? dice S. Gregorio Nazianceno. Es estar constantemente con Dios. Así Henoc y Noé, marchando con Dios, eran santos: *Quid est sanctitas? Cum Deo consuescere. Sic Noe et Henoc, ambulantes cum Deo, sancti effecti sunt.* (Iamb. XV).

La santidad consiste en estar puros de pecados y en practicar el bien: *Sanctificatio est munditia à peccato, et confirmatio in bono.* (2. 2. q. 81. art. 8).

La santidad consiste en renunciar á la impiedad y á los deseos del siglo, y en vivir en el siglo con templanza, justicia y piedad, dice el grande apóstol: *Ut abnegatis impietatem, et secularia desideria, sobrie, et iuste, et pie vivamus in hoc seculo.* (Tit. II. 12).

La santidad del cuerpo, dice S. Gregorio, es la pureza; la santidad del alma es la caridad y la humildad: *Sanctificatio corporis, pudicitia est; sanctificatio mentis, caritas et humilitas.* (Lib. Moral.)

Os conjuro, hermanos míos, por la misericordia de Dios, escribe S. Pablo á los romanos, que ofrezcáis vuestros corazones en hostia viva, santa, agradable á Dios: *Obsecro vos, fratres, per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem.* (XII. 1).

Ofreced á Dios vuestros cuerpos, enajenados y transportados al dominio de Dios, para que os sirvais de ellos, no á vuestro albedrío, sino para el culto y el honor de Dios: *Offerte Deo corpora vestra; alienate illa à vobis, ac transferte ea in Dei dominum; ut iis utamini, non ad libitum, sed ad Dei cultum et honorem.* (Homil. ad pop.)

Ofreced vuestros cuerpos en hostia viva: *Viventem*; es decir, entregados á la virtud, dice S. Gregorio; porque la carne que se entrega al vicio está muerta. (Lib. Moral.)

Ofreced vuestro cuerpo en hostia viva de caridad...

Ofreced vuestro cuerpo en hostia agradable á Dios: *Deo placentem.* Agradable á Dios por las buenas obras del alma y del cuerpo...

El altar de esta victima es el corazon, dice S. Gregorio, en el cual arde el fuego de la compansion y es consumida la carne: *Altare hujus hostiæ est cor, in quo mœnore compunctionis ignis ardet, et caro consumitur.* (Lib. Moral.)

Jesucristo ha santificado su Iglesia, á fin de que se presentase delante de él gloriosa, sin mancha, arruga ni cosa semejante, y fuese santa é inmaculada, dice S. Pablo á los efesios: *Ut illam sanctificaret, et exhiberet ipse sibi gloriosam Ecclesiam, non habentem maculam, aut rugam, aut aliquid hujusmodi;*

sed ut sit sancta et immaculata. (v. 26, 27). Tal debe ser nuestra santidad...

La santidad consiste en vivir de Jesucristo como S. Pablo: *Mihi vivere Christus.* (Philipp. I. 21). En poder decir con él: Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo el que vive en mí: *Vivo jam non ego, vivit vero in me Christus.* (Gal. II. 20).

Sed santos en todas vuestras conversaciones, dice el apóstol S. Pedro: *Vos ipsi in omni conversatione sancti sitis.* (I. I. 15).

Dios es el modelo de nuestra santidad.

Sed santos, dijo Jesucristo, como santo es vuestro Padre celestial: *Estote vos perfecti, sicut Pater vester celestis perfectus est.* (Math. v. 48). Debemos, pues, imitar la santidad de Dios, la santidad de Jesucristo; esta es la vida santa y verdaderamente cristiana.

Sed santos, porque soy santo, yo el Señor vuestro Dios, dice en el Levítico: *Sancti estote, quia ego sanctus sum Dominus Deus vester.* (IX. 2). Los ministros de Dios deben sobre todo ser santos en la tierra...

Santo Tomás, en su opúsculo LXII, titulado de las *Divinas Costumbres*, enseña cómo debemos procurar imitar los quince atributos de Dios, haciéndonos nosotros así divinos. El primer atributo de Dios, dice, es la inmutabilidad; porque en Dios, dice el apóstol Santiago, no hay cambio, ni sombra de revolución: *Apud quem non est transmutatio nec vicissitudinis obrumbratio.* (I. 17).

El segundo atributo de Dios es que todo bien le place, y todo pecado le desagrada: lo mismo sucede á los Santos...

El tercer atributo es que Dios lo prevé todo. El hombre es tambien tanto más santo, cuanto menos se deja sorprender por lo que sucede.

El cuarto es la paciencia de Dios. Hace brillar su sol para buenos y malos, hace llover sobre justos y pecadores. Los santos son tambien pacientes, y hacen bien á todos...

El quinto atributo es que Dios es justo para todos. Esta es una de las primeras condiciones de la santidad.

El sexto es la rectitud infinita de Dios: por esto los Santos son tanto más perfectos, cuanta mayor es su rectitud.

El séptimo es la liberalidad de Dios; pues comunica de su esencia y de sus bienes todo lo que es comunicable, y hasta los que no piensan en pedir y desprecian sus dones...

El octavo atributo es que Dios fácilmente se apacigua. Los Santos no se abandonan nunca á una larga indignacion, aunque legitima.

El noveno es que Dios se inclina á perdonar á los que le han ofendido gravemente. Los santos olvidan tambien las injurias, y perdonan fácilmente.

El décimo es la veracidad de Dios en sus palabras y promesas.

El undécimo es que en Dios no hay distincion de personas.

El duodécimo es que Dios es imperturbable. Tampoco los Santos se turban por nada.

El decimo tercero es que Dios no busca sus ventajas, pues no mira más que el bien de los hombres y de las demás criaturas. Los Santos no tienen á la vista más que la gloria de Dios, su propia salvacion y la de los demás.

El décimo cuarto es que Dios lo hace todo bien y perfectamente. Lo mismo tratan de hacer los Santos...

El décimo quinto atributo de Dios es que no castiga dos veces la misma cosa. Así son tambien justos los Santos, y no tienen recriminacion...

Dios posee todos estos atributos, el hombre puede tambien poseerlos: por esto dice Dios á los hombres: Sed santos porque soy santo: *Sancti estote, quoniam ego sanctus sum.* (Levit. XIX. 2).

Se dice de Salomon que su reputacion de sabiduria se habia extendido por todas las naciones vecinas: *Erat nominatus in universis gentibus per circuitum.* (III. Reg. IV. 31).

Los Santos son nuestros modelos en la santidad.

Sobre estas palabras del Eclesiástico: Alabemos á los hombres elevados en santidad, y á nuestros padres por la generacion: *Laudemus viros gloriosos, et parentes nostros in generatione sua.* (XLIV. 4); dice admirablemente Orígenes: Así como el sol, la luna y todos los astros del firmamento brillan constantemente á los ojos de todas las criaturas que están debajo del Cielo, las señales de la virtud de los Santos y sus generosos combates resplandecen maravillosamente, y siempre ante todo el mundo; dan á todos la regla del bien y el ejemplo de la piedad y de la santidad (1).

Concilio Eunodio dice en la vida que escribió de S. Epifanio: Reproducía con sus acciones la página que leía, é indicaba con su vida santa lo que enseñaban los libros: *Prægebat actibus suis paginam quam legisset; quid libri decussent, vita signabatur.*

San Isidoro de Sevilla dice: Si los divinos preceptos que nos mandan obrar bien, no existiesen, harían las veces de ley los ejemplos de los Santos. Los buenos ejemplos sirven mucho para la correccion de los hombres...

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, exclama el gran apóstol, que nos ha bendecido con toda bendicion espiritual para los Cielos en Cristo; como nos ha elegido en él antes de la constitucion del mundo, á fin de que fuésemos santos y sin mancha delante de él en la caridad (2).

La eleccion divina nos llama á la santidad.

Vuestra santificacion: tal es la voluntad de Dios, escribe á los tesalonicenses: *Hæc est enim voluntas Dei sanctificatio vestra.* (I. IV. 3).

Jesucristo, como Dios, es la santidad increada, infinita, esencial, y como hombre es santísimo no sólo por la gracia infusa en su alma, sino tambien por la gracia de la union hipostática... Así la santidad de Jesucristo es la causa eficiente de toda la santidad de los hombres...

Tribulemos á Jesucristo, nuestro divino modelo, el honor de imprimirlo en nosotros, dice S. Gregorio Nazianceno; reconozcamos nuestra dignidad; seamos

Necesidad de tender á la santidad.

(1) Sicut Cæli luminaria ac sidera cunctis indesinenter, que sub Cælo sunt, fulgent, sic et sanctorum virtutis insignia, et beatissimi eorum agones omnibus in perpetuum singulariter lucent, omnibus in æternum bonorum formam tribunt, omnibus sub sole pietatis exemplum ostendant. (Comment.)

(2) Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui benedixit nos in omni benedictione spirituali in cælestibus in Christo; sicut elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut essemus sancti et immaculati in conspectu ejus in caritate. (Ephes. I. 3-4).

santos como Jesucristo, seamos otros Jesucristos, puesto que Jesucristo se ha hecho semejante á nosotros. Hagámonos dioses por causa suya, ya que por causa nuestra se hizo hombre (1).

Sed santos, porque yo, que soy vuestro Dios, soy Santo: *Sancti stote, quia ego sanctus sum, Dominus Deus vester.* (Levit. XIX. 2).

Hemos de perseverar en la santidad. **D**ios, dice Zacarías en el Evangelio, ha hecho juramento de que se entregaria á nosotros, á fin de que, libres de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, marchando delante de él en la santidad y en la justicia todos los dias de nuestra vida (2).

Sed firmes, dice S. Pablo, ciñendo vuestros riñones con la verdad, y cubriéndoos con la coraza de la santidad: *State succincti lumbos vestros in veritate, et induti lorica[m] justitiæ.* (Ephes. VI. 14).

Hágase el justo más justo todavía, y santifíquese más el que ya es santo, dice el Señor en el Apocalipsis: *Qui justus est, justificetur adhuc, et sanctus, sanctificetur adhuc.* (XXII. 14).

Su Dios les bendecirá, dice el Salmista, irán de virtud en virtud, hasta que lleguen, en presencia del Señor, á la montaña de Sion: *Benedictionem dabit legislator: ibunt de virtute in virtutem; videbitur Deus deorum in Sion.* (LXXXIII. 7).

Dichas y ventajosas de la santidad.

La vida entera de un hombre santo es una fiesta continua de alegría y de regocijo, dice Clemente de Alejandría: *Universa vita viri justii est quidam celebris ac sanctus dies festus.* (Lib. Strom.)

Dichosos los que lavan sus vestidos en la sangre del cordero, dice el Apocalipsis: *Beati qui lavant stolas suas in sanguine Agni!* (XXII. 14).

El Espíritu Santo, dice S. Agustín, así como el Padre y el Hijo, fijan su morada en una alma santa, como en su templo. (*De Grat. et lib. Arb.*)

No han manchado sus vestidos, dice el Señor en el Apocalipsis; marchan conmigo vestidos de blanco, porque son dignos: *Non inquinaverunt vestimenta sua, ambulabunt mecum in albis, quia digni sunt.* (III. 4).

Escucharé, dice el Salmista, lo que dice el Señor; escucharé sus palabras de paz sobre su pueblo, y sobre sus Santos, y sobre los que vuelven á la santidad; *Audiam quid loquamur Dominus Deus, quoniam loquetur pacem in plebem suam, et super Sanctos suos, et in eos qui convertuntur ad Cor.* (LXXXIV. 9-10).

El santo crecerá como la palmera, se multiplicará como el cedro del Líbano, dice el Salmista. Plantado en la casa del Señor, florecerá en el pavimento de nuestro Dios; dará frutos y estará lleno de gracia y de vida. (*XCI. 12-14.*)

Los Santos vivirán para siempre, dice la Sabiduría; su recompensa está en

(1) Imaginis decus imagini reddamus; dignitatem nostram agnoscamus. Simus ut Christus, quoniam Christus quoque sicut nos. Efficiamur dii propter ipsum, quoniam ipse quoque propter nos homo. (*In Distich.*)

(2) Jusjurandum quod juravit... daturum se nobis, ut sine timore, de manu inimicorum nostrorum liberati, serviamus illi in sanctitate et justitia coram ipso omnibus diebus nostris. (*Luc. I. 74-75.*)

el Señor, y su pensamiento descansa en el Altísimo; *Justi in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum.* (v. 16). Por cuya razon recibirán el premio de honor y la diadema de gloria de la mano del Señor; pues los cubrirá con su diestra, y los defenderá con su brazo: *Ideo accipient regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini; quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto tuo defendet illos.* (v. 17).

Señor, dice Salomon, una gran luz está en vuestros Santos: *Sanctis tuis maxima lux.* (Sap. XVIII. 1).

¿Quién es el que puede decir con el Rey Profeta: Experimentadme, Señor: ved mi corazón, ved si hay en mí alguna falta, y conducidme por el camino de la bienaventurada eternidad? *Proba me, Deus, et scito cor meum, et vide si via iniquitatis in me est; et deduc me in via æterna!* (CXXXVIII. 23-24). Habiéis experimentado mi corazón, Señor, me habéis hecho pasar por el fuego de la tribulación, y no se ha hallado en mí la iniquidad: *Probasti cor meum, igne me examinasti, et non est inventa in me iniquitas.* (Psal. XVI. 3).

Para llegar á la santidad es preciso: 1.º, la presencia de Dios...; 2.º la fe...; 3.º la vigilancia y sobriedad...; y 4.º el amor de Dios... Medios de llegar á la santidad.

Para ser santos, dice S. Agustín, hemos de observar tres cosas: La pureza del cuerpo, la castidad del alma y la verdad de la doctrina: *Sancto tria servanda sunt: pudicitia corporis, castitas animæ, et veritas doctrine.* (De Civ.)

SANTOS (los).

Los Santos han sido comparados al olivo.

Olivo fértil, hermoso y lozano, dice Jeremías hablando de los Santos, tal es el nombre que os da el Señor: *Olivam uberem, pulchram, fructiferam, speciosam, vocavit Dominus nomen tuum.* (XI. 16).

Los Santos son comparados al olivo, 1.º por su fuerza y su vigor, pues entre los antiguos era el símbolo de la eternidad... 2.º Por su fertilidad, que hace decir al Salmista: Yo soy como un olivo que fructifica en la casa de Dios: *Ego autem sicut oliva fructifera in domo Dei.* (LI. 10). 3.º Por la unción espiritual de la gracia, de la devoción y de la caridad, que da valor á las buenas obras... 4.º Porque, como los olivos, la hermosura de las virtudes y de las buenas obras de los Santos, no se marchita jamás y tiene siempre el mismo brillo... 5.º Por la paz de que gozan los Santos, pues el olivo es el símbolo de la paz...

El olivo, cubierto de hojas, pero cargado de excelente fruto, indica que los Santos luyen del honor y la ostentación; pero que están cargados de obras buenas en sí mismas y útiles para todos.

Los Santos se comparan al águila.

Los Santos son comparados al águila.

El águila es el rey de las aves; y los Santos reinan en el infierno, en el mundo, en el Cielo, se dominan á sí mismos, y hasta el mismo Dios se ha comprometido á hacer su voluntad: *Voluntatem timentium se faciet Deus.* (Psal. CXLIV. 19). 2.º En el águila hay cierta renovación de la vida. Vuestra juventud, dice el Salmista, se renovará como la del águila: *Renovabitur ut aquila juvenus tua.* (CII. 5). Los Santos se renuevan cada día en el fervor y en todas las virtudes; y se preparan una juventud eterna en el Cielo... 3.º El águila tiene algo del Cielo; y los Santos llevan sobre sí señales de grandeza... 4.º Los Santos son águilas divinas que suben y bajan. Suben hácia Dios para adorarle, y bajan para combatir el vicio y auxiliar al prójimo... 6.º El águila tiene la mirada penetrante y mira fijamente el sol; y los Santos tienen la mirada de la sabiduría y la recitad y penetran hasta en la eternidad... 7.º La habitación del águila está en las más altas montañas, y los Santos están siempre elevados por sus pensamientos, sus méritos, etc...

Los Santos son comparados á la luz.

1.º El sol y las estrellas están en el firmamento; y los Santos en la mansión misma de Dios... 2.º Aunque los astros son mucho mayores que la tierra, parecen pequeños por su distancia; y los Santos, que tan elevados son en perfección, parecen pequeños por su profunda humildad... 3.º Los astros siguen su carrera impasibles; ni las tempestades, ni los rayos les alcanzan; y así son los Santos en la elevada región que habitan... 4.º Los astros resplandecen é iluminan; y los Santos son resplandecientes por su virtud, y son una clara luz en medio de las tinieblas y de las iniquidades del mundo, como Jesucristo: *Erat*

lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. (Joann. I. 9). Como Juan Bautista, los Santos son lámparas ardientes y brillantes: *Erat lucerna ardens et lucens.* (v. 35). Su palabra, como dice S. Basilio de S. Gregorio Nazianceno, es el trueno, y su vida produce el rayo: *Vox tonitru, et vita fulgur...* (Orat. de S. Greg.) 5.º La luz es purísima, y así son los Santos... 6.º La luz es activísima, corre como el pensamiento; asimismo los Santos son activísimos en las obras de Dios... 7.º La luz es lo más inmaterial; y los Santos son enteramente espirituales... 8.º Aunque el sol y los astros iluminen la inmundicia, no se manchan; y lo mismo sucede á los Santos en su contacto con los pecadores... 9.º La luz caliente; y los Santos encienden los corazones helados... 10. Los astros ocultan su sustancia y extensión, manifestando sólo su calor; y los Santos ocultan á los hombres sus virtudes, su gracia y su gloria; y cuanto más se ocultan, tanto más resplandecen... 11. Cuando los astros están ocultos por las nubes cae una lluvia que fecundiza la tierra. Así tambien, cuando más calumniados son los Santos, más bien hacen, áun á sus enemigos.

Sí, Señor, dice la Sabiduría, vuestros Santos son una gran luz: *Sancitis tuis maxima lux.* (XVIII. 1).

Señor, dice el Real Profeta, veremos la luz en vuestra luz: *La lumine tuo videbimus lumen.* (XXXV. 10). En los Santos, que son la luz procedente de Dios, que es todo luz, los hombres ven la luz eterna, que es Dios...

Los Santos son un Cielo.

Los Santos, comparados con el Cielo, son un Cielo.

1.º Tienen su corazón y su alma en el Cielo...; 2.º están en el Cielo por la gracia de Dios y por todas las virtudes que en ellos resplandecen...; 3.º están en el Cielo, porque son el templo, el trono, el tabernáculo y la mansión de Dios. Por esto dice S. Agustín: Dios habita en el Cielo, y el Cielo de Dios son todas las almas justas y santas: *Habitat in Celo Deus, et Caelum Dei sunt omnes anime juste et sancte.* Porque, continúa aquel santo doctor, aunque los apóstoles estuviesen corporalmente en la tierra, estaban en el Cielo, porque, descansando Dios en ellos, iba por todo el mundo, y Jesucristo habitaba en ellos por la fe: *Nam et apostoli, quamvis in terra essent carne, Caelum erant; quia in illis Deus sedens per totum mundum ambulabat, et habitabat in eis Christus per fidem.* (In Psal. CXXII).

4.º Los Santos están en el Cielo; derraman la lluvia de las gracias, truenan contra los vicios, y son relámpagos que disipan las tinieblas... Por el Cielo, dice S. Agustín, entendemos con razon los Santos de Dios; permaneciendo Dios en ellos, truenan por sus preceptos, brilla por sus milagros, riega la tierra por la sabiduría de la verdad. Pues los Cielos cuentan la gloria de Dios, y los Santos están en el Cielo proclamando la gloria de Dios; suspendidos sobre la tierra, y llevando á Dios consigo, truenan en la doctrina, y brillan como relámpagos por su gran sabiduría (1).

(1) Per Caelum non importane intelligimus Sanctos Dei, in quibus manens Deus intonuit preceptis, coruscavit miraculis, inebriavit terram sapientia veritatis. Cui enim enarrat gloriam Dei. Celi sunt Sancti narrantes gloriam Dei, a terra suspensi, Deum portantes, in preceptis tonantes, sapientia coruscantes. (In Psal. CI., Serm. II.)

5.º Como tenemos nuestro cuerpo de la tierra, añade S. Agustín, y nuestra alma del Cielo, somos tierra y Cielo; y en ambos, es decir, en el cuerpo y en el alma, rogamos que la voluntad de Dios se haga en la tierra como en el Cielo. Vosotros todos, si quereis, seréis Cielo: purificad vuestro corazón, desprendiéndolo de la tierra: si no tenéis las concupiscencias terrestres, y podéis responder con verdad que tenéis el corazón elevado al Cielo, seréis Cielo. Llegaréis a un cuerpo terrestre, pero ya sois Cielo por el corazón (1).

6.º Los Santos son el término y el fin de todas las cosas: porque Dios ha creado el mundo para los Santos y los elegidos...

7.º Los Santos son llamados Cielo, porque con sus costumbres celestiales empiezan aquí su bienaventuranza. Así lo explica admirablemente S. Jerónimo. (Rom. VIII. 35-39.—Homil. XVI. in Epist. ad Hebræos).

Fuerza y heroísmo de los Santos;

Los Santos son fuertes, dice S. Gregorio; sujetan la carne, brillan por las virtudes, fortifican su alma, pisotean las cosas de la tierra y desean las cosas del Cielo: Se les puede matar, pero no vencer; jamás sostendrán la falsedad por temor, jamás las amenazas y los tormentos les impedirán sostener y defender la verdad (2). ¡Esta es fuerza, esta es energía, esto es heroísmo!...

Sólo los Santos son ricos.

Es rico el que nada desea, dice S. Agustín; y los Santos no desean nada de todo lo que hay en la tierra... (De Coelestis vita). No desean más que una cosa y la poseen, no desean más que Dios. Y ¿qué falta cuando se posee á Dios?...

Y ¿cómo no han de ser ricos los Santos?... Tienen la paz, la tranquilidad de la conciencia, la inocencia, la serenidad y el candor del alma, la virtud, la gracia y la sangre de Jesucristo; son el templo de Dios, su tabernáculo, sus miembros, sus herederos y coherederos; el Espíritu Santo habita en ellos con todos sus dones y sus frutos; tienen el Cielo, tienen á Dios, ¿que más pueden desear?...

A los Santos se les tributan honores.

Hasta el malvado se ve obligado á respetar á los Santos y á tributarles homenaje... Los santos tienen de particular que obligan á los mismos incrédulos á creer en la virtud. Su nombre y su memoria es venerado de edad en edad, ante Dios y ante los hombres; su memoria es eterna... Los nombres de todos los patriarcas, de todos los profetas, los nombres de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes, de los santos doctores, y de los santos de todos los tiempos y lugares, son pronunciados con respecto y están en todos los corazones...

La Escritura dice de Tobías y de sus familias: Todos sus parientes y todos sus hijos perseveraron con tanta fidelidad en la buena vida y en una conducta

(1) Quia cum corpus e terra, et spiritum possideamus e Cælo, ipsi terra et Cælum sumus: et in utroque, id est in corpore et spiritu, et voluntas Dei fiat, oramus. Tu, si vis, Cælum eris; purgare corde tuo terram: si terrenas concupiscentias non habueris, et non frustra responderis sursum te habere cor, Cælum eris; carnon portas, et corde iam Cælum es. (Lib. II, contra Julian.)

(2) Fortes facti sunt sancti; carmen domant, virtutibus convescant, spiritum roborant, terrena despiciunt, celestia appetunt; accidi possunt, flecti autem non queunt; nec sustinere falsa per infirmitatem metunt; nec læsi unquam a veritate convescant. (Lib. V. Moral.)

santa, que fueron amados de Dios y de los hombres y de todos los que habitan aquella tierra (1).

¡Qué admirable es Dios en sus Santos! exclama el Real Profeta: *Mirabilis Deus in sanctis suis.* (LXVII. 37).

Vi bajo el altar, dice S. Juan en el Apocalipsis, las almas de los que han dado su vida por la palabra de Dios y por ratificar su testimonio. Y se dió á cada uno de ellos un vestido blanco y se les dijo que descansasen (2).

La memoria del justo, dicen los Proverbios, es un perfume que se exhala en el porvenir; pero el nombre del impío llegará á ser infecto: *Memoria iusti cum laudibus: et nomen impiorum putrescet.* (X. 7). Como una tempestad que ha pasado, el impío no existe ya; pero el justo es para siempre como una piedra fundamental: *Quasi tempestas transiens non erit impius: iustus autem quasi fundamentum sempiternum.* (Prov. X. 25). El justo está para siempre al abrigo de toda conmoción, y los impíos no durarán sobre la tierra: *Iustus in æternum non commovebitur; impii autem non habitabunt super terram.* (Prov. X. 30).

Aquí en la tierra tienen los Santos las ventajas de la gracia, de la virtud, de las buenas obras, de los méritos de la paz, de la alegría interior, de una vida buena y de una muerte santa...

Ventajas y recompensas de los Santos.

Ved luego las recompensas de la eternidad. Oid lo que de ellas dice el gran apóstol: Lo que no ha visto el ojo, lo que jamás se ha oído, lo que jamás ha abrigado el corazón del hombre, lo ha preparado Dios para los que le aman: *Quod oculus non vidit, nec auris audivit nec in cor hominis ascendit, que præparavit Deus iis qui diligunt illum.* (I. Cor. II. 9).

Brillante pintura del Cielo nos presenta S. Juan. (Véase el Apocalipsis. VII. 9-17).

Los Santos miran con desprecio todo lo que el mundo más estima, dice san Gregorio. No ocupándose más que de su interior, fijan sus miradas en otra parte distinta del mundo y de sus bienes, todo lo que sufren en esta vida, lo miran como apartado de ellos como extraño. Trabajando constantemente en desprender su alma de su cuerpo, llegan á ignorar hasta lo que sufren corporalmente. Lo más grande del siglo lo ven como nada, porque, colocados en la cumbre de la alta montaña de la santidad, ven los objetos de la tierra como ínfimos y pequeños. No hacen ningún caso de las alegrías de la vida presente, y aventajándose á sí mismos por su elevación espiritual, acallan dentro de sí todo lo que es motivo de turbación y de agitación para los hombres carnales. Son superiores á las amenazas cuando se trata de defender la verdad; y contienen y humillan por la autoridad del espíritu lo que en ellos trataría de elevarse por orgullo. (Lib. XXXI. Moral., c. XIX). Así describe S. Gregorio el

¿Cómo llegan los Santos á tan feliz estado, y qué hacen para ello?

(1) Omnis autem cognatio ejus, et omnis generatio ejus in bona vita, et in sancta conversatione permansit; illa ut accepti essent iam Deo quam hominibus, et cunctis habitantibus in terra. (Tob. XIV. 17).

(2) Vidi subtus altare animas interfectorum propter verbum Dei, et propter testimonium quod habebant. Et datus sunt illis singule stolæ albæ, et dictum est illis ut requiescerent (VI. 9-11).

camino de los Santos... Oigamos ahora á S. Ambrosio: ¡Qué admirable es aquel cuya alma está siempre en el Cielo, merezca y reciba tantos auxilios del Cielo! Su vida, como la del apóstol, es la de la ciudad de los Cielos: *Nostra conversatio in Caelis est.* (III. 20). Y puesto que la vida de los justos es la de la ciudad de los Cielos, los ángeles están siempre con ellos, siendo ellos también ángeles, viven con la vida de los ángeles y merecen la sociedad de los ángeles. (*Lib. II. Offic. c. III.*)

Los Santos merecen para sí mismos y para el mundo, siguiendo á Jesucristo: 1.º por la pureza de sus actos...; 2.º por la intencion del corazón...; 3.º por la observancia de los mandamientos...; 4.º por la recepcion de la gloria, segun las palabras del Eclesiástico: Hay una gran gloria en seguir al Señor: *Gloria magna est sequi Dominum.* (XXIII. 38). Santo Tomás es el que sigue hablando así. (*Ut supra*).

Los Santos desprecian las ventajas del Cielo, dice S. Gregorio, pues son superiores á las adversidades por su grandeza de alma y por la elevacion de su espíritu, pisoteando los bienes y los males del mundo, dicen, las tinieblas y la luz del mundo no son más que una misma cosa (es decir nada): *Sicut tenebræ ejus, vita, et lumen ejus.* (Psal. CXXXVIII. 12). No les admira, ni les alegra, ni les entristece, ni les abate, amenazas ni caricias; ni promesas les pueden corromper. Los Santos saben muy bien que no pueden hallar ni gozar el verdadero reposo en esta vida: por esto se aficionan al Cielo, y abandonando el tropel de los deseos terrestres, tratan sin cesar de elevar su alma. (*Lib. V. Moral.*)

El mismo santo doctor enseña que los Santos son variables por la fragilidad de la naturaleza, como los demás hombres, pero que se dedican sin cesar á fijarse en la inmutable verdad. El Señor, dice, ayuda á sus Santos, acudiendo en su auxilio, y los experimenta alejándose; los fortifica con sus dones, y los tienta con tribulaciones: *Sanctos suos Dominus veniendo adjuvat, derelinquendo probat; donis firmat, tribulationibus tentat.* (Lib. XXVI. Moral., c. XXI).

Ventajas de frecuentar á los santos y estar con ellos.

Sereis santos con los Santos, dice el Salmista, é inocente con los inocentes: *Cum sancto sanctus eris, et cum viro innocente innocens eris.* (XVII. 26).

La bienaventurada é inmaculada Virgen María, madre de Dios por obra milagrosa del Espíritu Santo fué á ver á su prima Elisabet, que llevaba á Juan Bautista en su seno, y entrando en la casa de Zacarías, saludó á Elisabet. Y cuando Elisabet oyó el saludo de María, sucedió, dice el Evangelio, que su hijo se estremeció en su seno, y Elisabet quedó llena del Espíritu Santo: *Et factum est ut audivit salutationem Mariæ Elisabeth, exultavit infans in utero ejus, et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth.* (Luc. I. 40-41). Aprended de esto cuán eficaces son la visita, el saludo, las conversaciones y oraciones de los Santos...

Estando las almas justas llenas de caridad, abrasadas de amor, hablando con ellas y viéndolas á menudo, nuestro corazón se abrasa y se inclina repentinamente á amar á Dios. Son serafines, y la sociedad de los serafines nos convierte en ángeles. (*Lib. XXI. Moral., c. XV.*)

El autor de la *Imitacion de Jesucristo*, dice: Todas las veces que me he hallado con los hombres del siglo; me he vuelto menos hombre: *Quoties inter*

homines fui, minor homo redii. Lo contrario puede y debe decirse de la sociedad de los Santos.

Hallándonos colocados bajo las miradas de una nube tan grande de testigos, descarguémonos de todo peso y del pecado que nos rodea, y recorramos con paciencia la carrera abierta delante de nosotros. *Ideoque et nos tantam habentes impositam nubem testium, deponentes omne pondus, et circumstans nos peccatum, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen.* (Hebr. XII. 1).

El que quiera ser santo lea la vida de los Santos, y vea y medite sus ejemplos: son otros tantos astros brillantes y abrasadores que iluminan y queman los corazones... Por lo demás, sólo hay un camino para ir al Cielo: Es el que toman los Santos...

Hemos de imitar á los Santos.

SENCILLEZ Y RECTITUD.

Excelencia y ventajas de la sencillez y de la rectitud del corazón.

AMAD á Dios en su bondad, dice la Sabiduría, y buscadle en la sencillez de vuestro corazón; porque los que no le tientan con sus desconfianzas, le encuentran: *Sentite de Domino in bonitate, et in simplicitate cordis querite illum: quoniam invenitur ab his qui non tentant illum.* (I. 1-2).

Si alguno, dice S. Doroteo, busca á Dios y su voluntad con sencillez, el mismo Dios le hará instruir, para que no se extravie; y si, por el contrario, no busca á Dios con sencillez y rectitud, Dios permitirá que caiga en el error y en las asechanzas. (*Doctrina IV.*)

No hay virtud más necesaria á todos los hombres, dice S. Cirilo, que la modesta sencillez: *Omniibus nobis nulla virtus magis necessaria est quam simplicitas verecunda.* (Lib. VIII de Adoracione).

Esta sencillez y rectitud son grandemente alabadas por el mismo Dios en el libro del santo Job. ¿No hay en la tierra, dice, un hombre semejante á mi servidor Job, sencillo y recto, que tema al Señor y haya del mal? *Namquid considerasti servum meum Job, quod non sit ei similis in terra, homo simplex, et rectus, ac timens Deum, et recedens a malo?* (I. 8).

Por esto dicen los Proverbios: Un corazón tortuoso es abominable al Señor, y un corazón recto en sus vías es agradable á sus ojos: *Abominabile est cor pravum, et voluntas ejus in his qui simpliciter ambulant.* (XI. 20).

El justo marcha en su sencillez, añaden los Proverbios; dichosos los lijos que deja tras sí: *Justus qui ambulat in simplicitate sua, beatus post se filios derelinquet.* (XX. 7).

Sereis sencillos, dice S. Aguslin, desembarazándoos del mundo; ligándoos á él, tendreis doblez: *Simplex eris explicando te a mundo; implicando duplex eris.* (Homil. II in Joann.)

Sed sencillos como palomas, decía Jesucristo á los apóstoles: *Estate simplices sicut columbe.* (Matth. X. 16).

La sencillez del corazón, dice S. Gregorio, es como un día claro y sereno, que el frande no oscurece, que la luz de la verdad ilumina, y la claridad de la presencia divina alumbrá: porque escrito está: Dios habla á los sencillos de corazón. Dios les habla con la luz de su divina presencia, y con la revelación de los secretos de su divina voluntad. Dios no permite que las tinieblas de la doblez les envuelvan. (*In Psal. V Penit. v. 3.*)

Esta sencillez está opuesta á la vana y peligrosa curiosidad. Jamás se ha de escudriñar la majestad de Dios y sus misterios. Una fe firme y viva debe abrazar lo que no podeis comprender y lo que no podeis ver, dice Sto. Tomás en la bella prosa: *Lauda Sion: Quod non cupis, quod non vides, animosa firmat fides.*

Dios es el escudo de los que andan en la sencillez, dicen los Proverbios: *Proteget gradientes simpliciter.* (II. 7).

El que marcha en la sencillez y la rectitud, añaden los Proverbios, marchan en la seguridad; pero el de proceder taimado, vendrá á ser descubierto: *Qui ambulat simpliciter, ambulat confidenter; qui autem depravat vias suas, manifestus erit.* (X. 9).

La confianza de una gran seguridad está en la sencillez de las obras, dice S. Gregorio. (*In Psal. V.*)

La sencillez de los justos, los dirige, dice la Escritura: *Simplicitas justorum dirigit eos.* (Prov. XI. 3). La justicia del corazón sencillo y recto dirigirá sus vías: *Justitia simplicis dirigit viam ejus.* (Prov. XI. 5). El que marcha en sencillez, se salvará: *Qui ambulat simpliciter, salvus erit.* (Prov. XXVIII. 18). Es decir, el que obra con sencillez, con inocencia, sin doblez ni hipocresía, asegura su salvacion...

Se dice de los primeros cristianos que perseverando siempre en union de cuerpo y alma en el templo, y partiendo el pan por las casas de los fieles tomaban alimento con alegría y sencillez de corazón: *Quotidie perdurantes unanimitate in templo, et frangentes circa domos panem, sumebant cibum cum exultatione, et simplicitate cordis.* (Act. II. 46).

La pobreza de las iglesias de Macedonia, decía S. Pablo, ha abundado para ellos en riquezas de sencillez. (*II. Cor VIII. 4-2*). Dios, dice aquel Apóstol á los corintios, aumentará más y más los frutos de vuestra justicia, á fin de que, ricos en todas las cosas, abundeis en toda sencillez, y la sencillez produce para nosotros, acciones de gracias á Dios. (*II. Cor. IX. 10-11*). Pero temo, les dijo, que así como la serpiente sedujo á Eva con su astucia, vuestros pensamientos se corrompan también y se alejen de la sencillez, que está en Cristo. (*II. Cor. XI. 3*).

SERVICIO DE DIOS.

Necesidad de servir á Dios.

ADORAREIS al Señor vuestro Dios, y no servireis más que á él, dice Jesucristo: *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.* (Math. IV. 10).

Así como habeis recibido al Señor Jesucristo, dice el gran apóstol, marchad según él, arraigados en él, edificados en él, y afirmados en la fe, tal como os ha sido enseñada; y abunde cada día más y más en vosotros con acciones de gracias (1).

Notad esta triple comparación: 1.º El Apóstol compara á Jesucristo y la fe en Jesucristo á un camino por el que es preciso andar...; 2.º á una raíz á la que es preciso que estemos adheridos...; y 3.º á una piedra fundamental sobre la cual hemos de construir...

Estimen á sus dueños dignos de todo honor, dice S. Pablo, aquellos que están bajo el yugo de la servidumbre: *Quicumque sunt sub jugo servi, dominos suos omni honore dignos arbitrentur.* (I. Tim. VI. 1).

Si el apóstol, dice S. Crisóstomo, manda tan rigurosamente á los siervos que obedezcan á sus señores, les sirvan y les honren, ¡cuánta mayor obligación no tenemos nosotros de servir al Señor, de quien todo lo tenemos! (*Homil. ad pop.*)

No conocer á Dios, dice San Agustín, es morir; conocerle es vivir, despreciarle es perecer, servirle es reinar; *Deus, quem nescire, mori est, quem nosse, vivere est; quem spernere, perire est; cui servire, regnare est.* (De Celesti Vita).

¡Pueblos, aplaudid, exclama el Real Profeta, haced brillar vuestra alegría ante Dios, con vuestros cánticos y vuestros transportes! *Omnes gentes, plaudite manibus; jubilate Deo in voce exultationis!* (XLVI. 2).

El Dios de las maravillas es nuestro Dios en todos los siglos y en la eternidad, añade el Real Profeta: *Hic est Deus, Deus noster in eternum, et in seculum seculi.* (XLVII. 15). Buscad al Señor y vuestra alma vivirá: *Quærite Dominum, et vivet anima vestra.* (Psal. LXVIII. 33). Servid al Señor: *Servite Domino.* (XCIX. 1). Mi parte, Señor, continúa el Salmista, consiste en servirlos guardando vuestra ley: *Portio mea, Domine, custodire legem tuam.* (CXVIII. 57). Alabé y sirva todo espíritu al Señor: *Omnis spiritus laudet Dominum.* (Psal. CL. 6).

O nuestra alma, dice S. Agustín, está regida por el legítimo rey del Cielo, ó devastada por el tirano: *Anima nostra, aut a legitimo rege regitur, aut a tyranno vastatur.* (Serm. LXXXIV de Temp.)

El señor es mi fuerza y mi gloria, dice Moisés y todo el pueblo con él; y ha sido mi salvación; es mi Dios, y le glorificaré; es el Dios de mi padre, y le

(1) Sicut ergo accepisti Jesum Christum Dominum, in ipso ambulate, radicati et superedificati in ipso; et confirmati fide, sicut et dedicistis, abundantes in illo in gratiarum actione. (*Coloss. II. 6-7*).

exaltaré: *Fortitudo mea et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem: iste Deus meus, et glorificabo eum, et exaltabo eum.* (Exod. XV. 2).

No servireis jamás á dioses extraños, dice el Señor en el Deuteronomio: *Non habebis deos alienos.* (v. 7). Temerás al Señor tu Dios, y le servireis á él solo: *Dominum Deum tuum timebis, et illi soli servies.* (Deuter. VI. 13).

Temed al Señor vuestro Dios, dice la Escritura, adoradle y ofrecedle vuestros sacrificios. Guardad sus ceremonias, sus órdenes, sus leyes y los mandatos que ha escrito para vosotros; observadlos durante todos los días de vuestra vida, y no olvideis jamás la alianza que ha hecho con vosotros (1).

Servid á Dios en todo tiempo, dice Tobías á su hijo, y pedidle que dirija vuestros caminos y que todos vuestros pensamientos permanezcan en él: *Omnino tempore benedicite Deum; et pete ab eo ut vias tuas dirigat, et omnia consilia tua in ipso permanent.* (IV. 20).

Segun S. Bernardo, el que no busca á Dios y no le sirve, no tiene ninguna virtud. El servicio de Dios no debe tener fin. (*De Quadruplici debito*).

Hijo mío, dame tu corazón, dice el Señor en los Proverbios: *Probe, fili mi, cor tuum mihi.* (XXIII. 26). Hijo mío, al entrar en el servicio de Dios, permanece en la justicia y en el temor, y prepara tu alma á las pruebas: *Fili, accedens ad servitum Dei, sta in justitia et timore, et præpara animam tuam ad tentationem.* (Eccli. II. 1).

Buscad al Señor, dice Isaías, en tanto que podáis hallarle; invocadle, mientras está cerca de vosotros: *Quærite Dominum, dum inveniri potest; invocate eum, dum prope est.* (LV. 6).

Debemos servir á Dios porque es nuestro Criador, nuestro Padre..., nuestro Redentor..., nuestra Providencia, nuestro bienhechor de cada instante...

Debemos servir á Dios, porque no servirle es una desgracia suprema..., y servirle fielmente es la mayor de las dichas...

La caridad de Jesucristo nos apremia, dice el gran apóstol; Jesucristo ha muerto por nosotros, á fin de que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para el que ha muerto y resucitado por ellos: *Caritas Christi urget nos: pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est et resurrexit.* (II. Cor. v. 14-15).

El alma, dice S. Anselmo, debe olvidarse de sí misma y pertenecer enteramente á Jesucristo, que ha muerto para hacernos morir por el pecado, y ha resucitado para hacernos resucitar para las obras de la justicia: *Debet anima humana in se deficere, et proficere in Christo, qui mortuus est ut nos moreremur peccatis; et resurrexit, ut ad justitiæ opera resurgeremus.* (In Monolog.)

Hemos de poder decir con el salmista: Mi alma vivirá para mi Dios, y mi posteridad le servirá: *Anima mea illi vivet, et semen meum serviet ipsi.* (XXI. 31).

(1) Dominum Deum vestrum, ipsum timeat, et illum adoret, et ipsi immolante. Ceremonias quoque, et judicia, et legem, et mandatum, quod scripsit vobis, custodite ut faciatis cunctis diebus: et pactam quod percussit vobiscum nolite oblivisci. (*IV. Reg. XVII. 36-38*).

Motivos que nos obligan á servir á Dios.

Soy el Señor tu Dios, dijo á su pueblo, soy el que te ha sacado de la tierra de Egipto y de la casa de servidumbre: *Ego Dominus tuus, qui eduxi te de terra Egypti, in domo servitutis.* (Deuter. v. 6).

Ventajas de servir á Dios.

Servir á Dios es reinar, dice S. Bernardo: llevar á Dios no es un peso, es un adorno y una gloria: *Cui servire regnare est; gestare hunc non oneri est, sed ornari.* (Serm. VII. in Psal.)

¡Qué dichoso es el hombre en servir á Dios toda su vida! Dice Jeremías: *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua.* (III. 27).

Cuanto más servimos á Dios con fidelidad, exactitud, amor y perseverancia, más nos enriquece y colma de bienes...

Dios, dice S. Agustín, á quien es tan ventajoso á todos servir, y en quien se halla la sola y verdadera libertad, nos preserva de todo lo que puede dañar. Esta es nuestra esperanza, ser libres por el que posee la suprema libertad, y obtener nuestra salvación por la emancipación que nos concede. Porque éramos esclavos de la codicia, y libertados, venimos á ser servidores de la caridad (1).

Someterse al servicio del Señor es alabarle, añade S. Agustín: *Ipsi laudant Dominum, qui subdunt se Domino.* (Lib. de Qualit. animæ).

Vosotros que buscáis y servís al Señor, dice el Salmista, celebraréis sus alabanzas, y vuestra alma vivirá eternamente: *Laudabunt Dominum, qui requirunt eum; vivent corda eorum in seculum seculi.* (XXI. 27).

Servid al Señor, y vuestra alma vivirá, dice el Salmista: *Quærite Deum, et vivet anima vestra.* (LXVIII. 33). ¡Oh! ¡qué ventajoso es para mí dedicarme al servicio de Dios! exclama: *Mihi adhaerere Deo bonum est.* (LXXH. 28). Señor, perdereis á todos los que turben mi alma, porque sois vuestro siervo: *Perdes omnes qui tribulant animam meam quoniam ego servus tuus sum.* (CXLII. 12).

Si buscáis al Señor, vuestro Dios, con todo vuestro corazón, le hallaréis, dice la Escritura: *Si quaesieris Dominum Deum tuum, invenies eum, si tamen toto corde quaesieris.* (Deuter. IV. 29). Quien encuentra al Señor, encuentra á la vida.

Elige la vida, dice el Señor, á fin de que ames al Señor, tu Dios, obedecas su voz y te dediques á su servicio; porque es la vida y la longitud de tus días: *Elige vitam, ut et tu vivas. Et diligit Dominum Deum tuum, atque obediás voci ejus, et illi adhaereas; ipse enim est vita tua, et longitudo dierum tuarum.* (Deuter. XXX. 19-20).

El servicio de Dios es infinitamente más precioso que la libertad del siglo, dice S. Ambrosio: *Religiosa servitus subdita Deo, multo melior est quam seculi libertas.* (Lib. de Fuga seculi).

Es una dignidad inmensa ser siervo del Omnipotente, dice S. Ambrosio: *Dignitas est servum esse potentis.* (Lib. de Fuga seculi).

La casa del servidor de Dios será bendecida eternamente, dice la Escritura: *Benedicetur domus servi tui in sempiternum.* (II. Reg. VII. 29).

(1) Ille ab omnibus liberat, cui servit omnibus utilissimus est, et in cujus servitio placere perfectæ, sola libertas est. Hæc spes nostra est, ut a libero liberemur, et liberando salvos nos faciat. Servi enim eramus cupiditatis; liberati, servi efficiamur caritatis. (Lib. de Qualit. animæ).

Los que buscan al Señor, tienen cuenta de todo: dicen los Proverbios: *Qui inquirunt Dominum, animadvertunt omnia.* (XXVIII. 5).

Ved lo que dice el Señor por Isaias: Mis sirvientes estarán en la abundancia, y (vosotros que despreciáis mi servicio) vosotros tendréis hambre; mis siervos verán calmada su sed, y vosotros estaréis sedientos; se alegrarán y se reirán con vosotros; harán oír, en medio del enajenamiento de sus corazones, himnos de alabanza, y clamareis en el dolor de vuestro corazón, y gemiréis en la tristeza de vuestro espíritu (1).

Si escuchan y observan su ley, si sirven á Dios, dice Job, pasarán sus días en la dicha, y sus años en la gloria: *Si audierint et observaverint, complebunt dies suos in bono, et annos suos in gloria.* (XXXVI. 41).

En todas las partes á donde el pueblo de Dios entró sin arco, sin flecha, sin escudo ni espada, dice el libro de Judit, su Dios ha combatido por ellos y ha vencido. Y nadie ha insultado á aquel pueblo si no es cuando se hallaba apartado del servicio de Dios. (v. 18-22).

Nadie puede servir á dos amos, dice Jesucristo; porque, ó querrá al uno y odiará al otro, ó será dócil para el uno, y despreciará al otro. No podéis servir á Dios y al dinero: *Nemo potest duobus dominis servire; aut enim unum deo habebit, et alterum diligit; aut unum sustinebit, et alterum contemnet. Non potestis Deo servire et Mammonæ.* (Math. VI. 24).

Nadie puede servir á dos amos.

Si yo agratasé todavía á los hombres, no sería el servidor de Cristo, dice el gran apóstol: *Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem.* (Gal. I. X).

Jamás habeis de tener dioses extranjeros, dice el Señor: *Non habebis deos alienos.* (Deuter. v. 7).

Dirigiéndose el profeta Elías á todo el pueblo, le dijo: ¿Hasta cuándo vacilaréis entre dos cosas? Si el Señor es Dios, seguidle, y si Baal es Dios, seguidle sólo á él: *Usquequo claudicatis in duas partes? Si Dominus est Deus, sequimini eum; si autem Baal, sequimini illum.* (III. Reg. XVIII. 21).

Jamás podrán unirse juntos, dice S. Bernardo, la verdad y la mentira, lo eterno y lo transitorio, las cosas del espíritu y las de la carne: No podéis disfrutar del Cielo y vivir según la tierra: *Nec misceri poterunt vera vanis, æterna caducis, spiritualia corporalibus, summa imis; ut pariter sapias que sursum sunt, et que super terram.* (Serm. super Missus est).

Su corazón está dividido, perecerán, dice el profeta Oseas: *Divisum est cor eorum, interibunt.* (X. 2).

Dios exige ocho condiciones para su servicio. Es preciso: 1.º que se le sirva en la justicia...; 2.º en un corazón bueno, puro, sincero, recto y ferviente...; 3.º que estemos enteramente á su servicio...; 4.º que le sirvamos con alegría, y no con turbación ni tristeza...; 5.º que hagamos todos nuestros esfuerzos

¿Cómo hemos de servir á Dios?

(1) Ecce servi mei comedent, et vos esuriatis; ecce servi mei bibent, et vos sitietis; ecce servi mei belabuntur, et vos confundemini; ecce servi mei laudabunt præ exultatione cordis, et vos clamabitis præ dolore cordis, et præ contritione spiritus ululabitis. (LXV. 13-14).

para servirle mejor...; 6.º que le sirvamos con un corazón generoso, con buena voluntad...; 7.º que nuestro servicio no sea incoherente, viciado, corrompido, sino puro y perfecto...; 8.º que le sirvamos hasta nuestro último suspiro...

Medios de servir á Dios.

1.º no os aficionéis más que á las cosas del Cielo, y de ninguna manera á las cosas de la tierra, dice el gran apóstol: *Quæ sursum sunt, capite, non quæ super terram.* (Coloss. III. 2).

2.º Todo lo que hagáis ó digáis, añade S. Pablo, hacedlo y decidlo en nombre del Señor, dando gracias á Dios Padre por medio suyo. (*Coloss. III. 17*).

3.º Pensad que hoy empezais solamente á servir á Dios, y que tal vez es vuestro último día...

4.º Pensad que habeis servido mal á Dios hasta ahora...

5.º Os indico, dice S. Agustín, un medio con que podeis servir y alabar constantemente á Dios, si quereis: hacer bien todo lo que hagáis: *Suggero medium unde tota die laudes Deum, si vis: quidquid egeris, bene age, et laudasti Deum.* (In Psal. XXXIV).

SILENCIO.



GUARDAD silencio, vosotros que habitais en la isla, vosotros que estais separados del mundo, dice Isaias: *Taceite, qui habitatis in insula.* (XXII. 2).

Necesidad del silencio.

Esté todo hombre pronto á escuchar, pero lento á obrar, dice el apóstol Santiago: *Sit omnis homo velox ad audiendum, tardus autem ad loquendum.* (I. 19).

Es célebre la sentencia de Séneca: El que no sabe callarse, no sabe hablar: *Tacere quisquis nescit, hic nescit loqui.* (In Prov.)

El silencio no daña á nadie, dice Catón, y romperlo es muchas veces perjudicial: *Nemini tacuisse nocet, multis nocet esse locutum.* (Ita Laert. lib. VII. c. 4).

Lengua, *lingua*, viene, dicen, del verbo *ligare*, atar; lo que indicaría la necesidad de contener la lengua... Teócritó, oyendo hablar á Naximeno decía: Ya empieza el río de palabras; pero para el sentido es una gota: *Incipit verborum flumen, mentis gutta.* (Ita Stobæus, serm. XXXIX).

El insensato no sabe callarse, dice Solón: *Stultus tacere nequit.* (Ita Stobæus, serm. XXXIV).

Así como elegís lo que habeis de comer, dice San Agustín, elegid tambien las palabras que habeis de decir: *Sicut eligis quo vescaris, sic elige quod loquaris.* (In Psal. LI).

Hablad con obras, y no con la lengua, añade S. Agustín: *Operibus loquantur, non vocibus.* (Serm. XXXII in Evang. Luc.)

Si alguno de entre vosotros, dice el apóstol Santiago, cree ser religioso y no refrena su lengua, seduce su propio corazón, y su religion es vana: *Si quis putat se religiosum esse, non refrænans linguam suam, sed seducens cor suum, inijus vana est religio.* (I. 26).

San Antonio decía constantemente: Contened vnestra lengua: *Contine linguam.* (In Vit. Patr.)

Leemos en la vida de los padres que un venerable anciano decía que los que no sabian guardar silencio eran un establo sin puerta: *Stabulum sine janua.*

El Real Profeta decía á Dios: Poned, Señor, un cerrojo en mi boca y una puerta en mis labios: *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantie labiis meis.* (CXL. 3).

Guardar silencio, cerrar el oído y pasar de largo es lo que conviene hacer cuando nos insultan... Es lo que hacia el santo rey David: Me hacia el sordo, dice, y me hacia el mudo: *Ego autem sicut surdus non audiebam, et sicut mutus non aperiens os suum.* (XXXVII. 14).

Lo que os recomiendo ante todo, es que sepais guardar silencio, dijo Séneca escribiendo á Lucilio: *Summa summorum hec erit tibi, tardiloquentem te esse jubeo.* (Epist. LXII).